

Teatro

La cosecha

Tomás Urtusuástegui

Personajes:

ÚRSULA. Sesenta y ocho años

SEBASTIÁN. Setenta años

Escenografía:

Pórtico de una casa de rancho, frente a él una amplia zona de cultivo.

Los dos ancianos se balancean rítmicamente sentados en una mecedora.

ÚRSULA: *(Suspira satisfecha.)* ¡Qué hermoso está el campo!

SEBASTIÁN: Hoy es el último día de cultivo, mañana será la cosecha y pasado mañana...

ÚRSULA: Pasado mañana seremos ricos.

SEBASTIÁN: Ricos y poderosos.

ÚRSULA: Dios te oiga, yo aún no puedo creerlo, son muchos años de privaciones.

SEBASTIÁN: Ya pasaron.

ÚRSULA: Sí, ya pasaron pero no se olvidan. ¿Cuántas veces te dije que dejaras por la paz los experimentos?

SEBASTIÁN: Era mi trabajo, tenía un contrato con la Universidad.

ÚRSULA: Fue la primera en explotarte.

SEBASTIÁN: Creo que tienes razón.

ÚRSULA: Se apropiaron de tus descubrimientos; a ellos les dieron los premios y el dinero.

SEBASTIÁN: No seas rencorosa, mujer, no vale la pena; ahora vamos a poder disfrutar la vida.

ÚRSULA: ¿Estás seguro de poder vender la cosecha? En muchos lados se rieron de ti cuando les fuiste a proponer la venta.

SEBASTIÁN: Da lo mismo si se vende o no, nosotros seremos millonarios.

ÚRSULA: Vamos abajo, aún las quiero ver de pie antes de que las siegues. Desde aquí ya no veo bien.

SEBASTIÁN: *(Ayuda a su mujer a levantarse.)* Vamos.

Lentamente bajan los escalones que los separan del campo. Éste se ilumina. Los ancianos llegan al borde del sembradío. Sebastián levanta su mano en señal de saludo. En el campo se levantan cientos de manos que le contestan. Los dos ancianos sonríen satisfechos.

ÚRSULA: ¡Qué hermosas!

SEBASTIÁN: Difícil decir cuáles son las más bellas. *(Acercándose a unas manos.)* Mira, éstas son las manos para cosechar el campo: fuertes, con callos, del color de la tierra. Todos los terrenos serán fértiles cuando ellas los trabajen.

ÚRSULA: *(Se acerca a otro grupo de manos. Habla muy dulcemente.)* Éstas son mis preferidas; suaves y al mismo tiempo fuertes. Manos para acariciar y masturbar, manos sensibles. ¡Quiero que me apartes unas de ellas para mí sola!

SEBASTIÁN: *(Sonríe beatíficamente.)* Las tendrás, mujer, las tendrás. *(Camina, sigue saludando manos. A algunas las aprieta con sus propias manos.)* Aquí están las manos para talar árboles y para construir casas.

ÚRSULA: *(Acaricia otras manos.)* ¡Las manos bellas, las destinadas a crear artículos de arte. Qué elegantes! *(A una mano.)* Tú pintarás los mejores cuadros, *(A otra.)* tú escribirás los más bellos poemas, *(A otra.)* tú vas a esculpir una estatua que nos recuerde para siempre. Sé que pronto moriremos.

SEBASTIÁN: ¡Que los cielos no permitan que te enfermes! Si es así éstas serán las manos que te sanarán. *(Las señala.)* Ellas serán capaces de efectuar las operaciones quirúrgicas más prodigiosas de que se tenga memoria.

ÚRSULA: Todas me gustan: las que van a servir para pescar, para manejar, para derribar, domar, golpear, sembrar, cocer, amasar...

SEBASTIÁN: Yo prefiero aquellas, las que nos harán ricos. Vamos allá.

Se acercan a unas manos que están protegidas con un techo de cristal. Sebastián se inclina y va saludando de mano a una por una. Úrsula sonríe.

SEBASTIÁN: Estoy orgulloso de ustedes.

ÚRSULA: Es verdad, con éstas realmente te luciste: poderosas, de tendones resaltados, uñas cortas y duras, movimientos precisos.

SEBASTIÁN: (*Examina una de las manos.*) ¡Qué perfección! Me dan ganas de llorar al verlas.

ÚRSULA: (*Muy ingenua.*) ¿Cuáles son las asesinas?

SEBASTIÁN: (*Dulce.*) Éstas, míralas..., ¿no son bellas? Pueden asesinar de cualquier forma; ahorcando, golpeando, disparando un arma, clavando un cuchillo..., ¡morirán todos los que se han burlado de mí!

ÚRSULA: (*Dulce.*) Que no se te olvide el profesor Jiménez Soto.

SEBASTIÁN: (*Sonríe.*) Él será el primero.

ÚRSULA: ¿Y las que van a robar los bancos, las joyerías?

SEBASTIÁN: Sabes perfectamente dónde se encuentran, ya hasta apartaste la que te va a traer ese collar de diamantes que vimos en el museo y que tanto te gustó.

ÚRSULA: ¿Crees que vaya con mi edad? Lo siento un poco cargado.

SEBASTIÁN: Te lo pruebas y si no te gusta encargas otro. No hay problema.

ÚRSULA: (*Apenada.*) ¿Puedo pedir otra cosa?

SEBASTIÁN: ¿Vestidos, zapatos, telas? Tú pide.

ÚRSULA: Quiero algo para la estancia; se ve tan triste. ¿Te acuerdas de esos cuadros de Diego Rivera con flores? Pienso que se verían bonitos al lado de la chimenea.

SEBASTIÁN: Yo preferiría..., bueno, si a ti te gustan...

ÚRSULA: ¡Me chiflan!

SEBASTIÁN: (*A las manos que se mueven ansiosas.*) ¡No sean desesperadas, sólo faltan cinco horas! Hoy a las doce de la noche termina el tiempo para que estén maduras. Ya va a oscurecer, en poco tiempo podrán empezar a trabajar.

ÚRSULA: Estoy cansada y tengo frío, vamos adentro a esperar.

SEBASTIÁN: Dormiremos un rato en las mecedoras, alguien puede querer robarnos. Mañana tendremos mucho trabajo, no será fácil cortar todas las manos en un solo día. (*Señala las manos asesinas.*) Hoy empezaremos con ellas. (*Las manos se agitan por la emoción.*)



© Rogelio Calder

De la serie *El hombre y la tierra*, 1974

ÚRSULA: No, la primera que vamos a cortar es la mano para acariciar, para masturbar; quiero probarla.

SEBASTIÁN: Está bien, tú siempre ganas, ésa será la primera.

Los dos ancianos se sientan en las mecedoras muy juntos. Se colocan sobre las piernas unas mantas. Se acarician las manos. Plácidamente se van durmiendo. Se va oscureciendo la escena. A lo lejos se escuchan las doce campanadas de la noche. Se escucha un grito ahogado de los ancianos que luchan por quitarse del cuello las manos que los estrangulan. Se hace el silencio.

Sinopsis. Dos ancianos observan el cultivo con el que se harán ricos y poderosos. Es un campo de manos, manos para sembrar, construir, hacer arte, manos cirujanas y sobre todo manos asesinas. A las doce de la noche será la cosecha. Oímos el grito ahogado de los dos al ser estrangulados.

Personajes. Un hombre y una mujer. ▮

Mira, éstas son las manos para cosechar el campo: fuertes, con callos, del color de la tierra. Todos los terrenos serán fértiles cuando ellas los trabajen.